

**PALABRAS DE SANTIAGO REY FERNÁNDEZ-LATORRE,
PRESIDENTE DE LA CORPORACIÓN VOZ**

A Coruña, 25 de noviembre del 2010

Excelentísimo señor Presidente da Xunta de Galicia,

Distinguidas autoridades e representacións,

Queridos patronos da Fundación

Aprezado Presidente da Real Academia Galega,

Donas e señores:

Cánta satisfacción me cabe neste momento en que os vexo a todos vostedes de novo na nosa Casa, para compartir connosco o que, despois de cincuenta e dous anos de historia xa é un fito no acontecer xornalístico de Galicia.

Se o Produto Interior Bruto dun país non se medira só prosaicamente en euros, senón tamén en talento, emprendemento e vitalidade social, estaríamos todos certos –como eu estou– de que aquí está reunido (se cadra con algunhas indesexadas ausencias) o verdadeiro PIB de Galicia.

...

Es este incontestable dato el que da volumen y proyección a la reunión que cada año celebramos en nuestro Museo.

En primer lugar, ese volumen y esa proyección dan relevancia al homenaje que todos hacemos con nuestra presencia a quien ha merecido el Premio Fernández Latorre. Y, al mismo tiempo, nos exige aprovechar la cita también para compartir ideas. La reflexión es siempre el primer paso imprescindible para cambiar las cosas.

En un tiempo de tanta trivialidad y fluorescencia, dejaría de hacer honor a nuestro título, La Voz de Galicia, si por quedar bien me tapase los ojos y los oídos, o me uniese a esa cohorte de insustanciales y aprovechados que se

enmascararan en el halago y la superficialidad para huir de sus verdaderas responsabilidades.

No es mi caso. No lo es cuando las cosas van bien. Mucho menos cuando, como ahora, van manifiestamente mal para las personas, las familias, las empresas, las ciudades y el país entero.

Sé muy bien que cualquier cosa que se diga resulta estéril cuando ya todas las posiciones están tomadas y cada cual cree, en el túnel de su trinchera, que no hay más verdad que la que él ve.

Pero, afortunadamente, hoy me dirijo a gente abierta, de pensamiento libre y con una capacidad de liderazgo bien demostrada. En unas cosas coincidirán conmigo y en otras no, pero la obligación de un editor y de un gran periódico consiste precisamente en aguzar el debate —el debate creativo—, porque solo de él puede salir alguna luz.

Aún en tiempos tan oscuros como estos, ese debe ser el objeto irrenunciable de nuestros esfuerzos.

Permítanme, no obstante, empezar por donde debo y quiero:

La vinculación de La Voz de Galicia y de la Real Academia Galega tiene tanta antigüedad como ambas entidades. No es preciso recordar el papel preponderante del fundador de este diario, mi abuelo Juan Fernández Latorre; de su amigo y socio inseparable, Andrés Martínez Salazar, y de Manuel

Martínez Murguía, el fundador de la docta institución, con cuyo libro *Los Precursores* comenzó su rica andadura en 1885 la Biblioteca Gallega, que esta Casa ha labrado y mantenido hasta nuestros días pese a todos los avatares de la historia.

Tal vinculación no se ha basado solo en las inercias del pasado común. Se ha debido, sobre todo, a una intrínseca convicción moral que nos ha mantenido fuertemente cohesionados, a pesar incluso de la niebla espesa que provocaron algunos personalismos.

Hoy, la Real Academia lucha por propulsarse hacia el siglo XXI, como lo hace también este periódico, a sabiendas de que su papel central en la cultura gallega bebe de las fuentes del pasado, pero tiene en el futuro el alimento de su espíritu.

Esa clarividencia tiene mucho que ver con la persona que hoy se encarga de imprimir pulso a la centenaria institución académica.

Un hombre de convicciones férreas y de ánimo sereno, sensato y dialogante.

...

Querido Ferrín, querido Xosé Luís, non sei se te sentes cómodo nesta definición, pero eu podo asegurarche que así é como te vemos moitos. Véxote eu e vete tamén o Xurado, que decidiu por unanimidade entregarche o galardón que máis prezamos.

Vémoste como o gran creador que es, irrefutable e insubornable, tanto nos tempos escuros da censura como hoxe en día, cando outra censura máis subtil embaza as consciencias e tenta durmilas alleándoas da súa propia realidade.

Vémoste tamén como un paradigma do espírito rebelde, do inconformista que pensa por si propio e que mantén por riba de todo a coherencia consigo mesmo, aínda que iso traia como consecuencia incomodidades e incomprensións.

Posiblemente, haberá moitas ideas nas que discrepemos radicalmente, pero, aínda estando ben separados ideolóxicamente, moitos sentímonos próximos a ti. Como di o Xurado, pola túa afouteza. E como quero dicir eu hoxe aquí, polo teu talento creador, pola túa claridade e polo teu espírito rebelde.

...

Desde luego que hacen falta hoy coraje y rebeldía para no dejarse someter al cloroformo con el que quieren anestesiar a la sociedad civil aquellos que se han mostrado incapaces de liderarla. Aquellos que en lugar de acción coordinada nos ofrecen verborrea estéril, y en lugar de puntos de apoyo para que renazca la economía nos endeudan más y más con gasto improductivo.

Se dice con frecuencia que los árboles no dejan ver el bosque; que lo concreto impide abarcar lo abstracto. Pero yo creo que a estas alturas de la crisis es necesario realizar el ejercicio inverso e ir del bosque a los árboles; de lo abstracto a lo concreto.

Lo concreto, para todos nosotros, es Galicia.

Citaba con su enorme capacidad de síntesis Xosé Luís Méndez Ferrín en la entrevista que le hicimos el 25 de julio, con motivo del fallo del Premio, que existe una Galicia que se está despoblando, con la agricultura arruinada, con las explotaciones ganaderas reducidas a la mínima expresión. Se refería a la que él y muchos más llaman ya “la Galicia del este”, cada vez a más distancia de la que está a la otra mano de la autopista.

Revisado con atención, ese símbolo de la Galicia que mengua no puede ser más certero. Y, por desgracia, es extrapolable a todo nuestro territorio.

Cierto que es descarnadamente dramático en el campo, donde los poderes públicos han dimitido de todos sus compromisos.

Baste ver el calvario en el que se deja agonizar a emprendedores ganaderos que ya se habían reconvertido, agrandado y empeñado, mientras se les imponen precios que ni siquiera cubren los costes de explotación. Dado que no fabrican automóviles ni grandes buques, sino que solo producen algo tan abundante en los centros comerciales como la leche, hasta ahora se les ha dejado a su suerte sin ayuda económica ni apoyo legal.

El problema es gravísimo. A los afectados les duele más que a nadie, pero también a los demás nos incumbe. Porque Galicia, primera productora de leche de España, puede perder el liderazgo, la competencia e incluso la presencia en el sector. Y de nuevo se hará patente la tantas veces repetida contradicción gallega: un país rico en recursos, pero pobre en resultados.

Entrados ya en el final de la primera década del siglo XXI, tópicos como este deberían haber sido encerrados definitivamente en el cajón de la historia, pero renacen tozudamente cada día ante nuestros ojos.

Nos ha pasado con la pérdida del control sobre la energía que producimos; nos está pasando con esa riqueza primigenia que es el agua, y nos sucede incluso con las mejores realizaciones de estos años, como hemos visto con la

enajenación de nuestra joya de la corona tecnológica, y estuvo a punto de suceder con la planta de gas y con las cajas.

Hablemos de las cajas. El tormentoso proceso que ahora está a punto de concluir con la fusión ha dado, verdaderamente, la medida de lo que somos. Y, desde luego, no es para felicitarnos. Algunos (los menos) han trabajado por un ansia colectiva; otros no.

Cuando algún joven brillante que ahora esté iniciando sus estudios secundarios se plantee dedicar su tesis doctoral al proceso de fusión de las cajas gallegas y recurra para ello a las hemerotecas, dudo mucho de que persista en su empeño. Sentirá tal vergüenza al ver cómo se comportaron muchos de sus mayores que preferirá no seguir para no tener que poner en duda la idea de dignidad que debería correspondernos como pueblo.

En esto, como en tantas cosas, se ha visto quién piensa en Galicia y quién piensa en sí mismo. Qué periódico se comprometió y se la jugó para sacar adelante un bien colectivo y quiénes se dedicaron nada más que a luchar contra ese proyecto, simplemente porque les salía más rentable jugar al despreciable localismo.

Quisiera creer que no engañan a nadie con su burdo juego de intereses, pero por lo visto no es así. Los localistas, pese a estar tan alejados de la hermosa idea de Galicia, llaman continuamente a las puertas oficiales para arreglar sus cuentas. Como si se les debiese algo por sus intentos de destrozar el país.

Quizá unas normas claras, marcadas por la realidad del mercado, permitiesen prescindir de tantas pequeñas ambiciones y poner orden en un sector donde un buen número de cabeceras inviables, convenientemente asistidas con ayudas públicas, inflan el mercado de la prensa gallega como una burbuja a punto de estallar.

Es cierto que los periódicos y las empresas de comunicación viven hoy una crisis aguda. Pero no hay más que levantar la vista para ver quién lucha día a día por invertir e innovar y quién se limita a exigir que vengan a salvarlo.

En La Voz de Galicia sabemos en qué lado estamos. A cien metros de aquí están tomando cuerpo las nuevas rotativas que ofrecerán todo color y permitirán dar muchos años más de vida en los quioscos a nuestras renovadas páginas.

Enfrente de mí tengo las cámaras de V Televisión, cuya existencia pública desde el 30 de mayo significa (además de un reto descomunal en este tiempo de crisis) que nuestra Corporación ha sido la única compañía del sector que ha creado empleo, con la contratación de más de 50 profesionales, entre periodistas, realizadores, cámaras y técnicos. Y además, contribuye a estimular la creatividad, con la apertura de la programación a muchos jóvenes innovadores y emprendedores, que tienen en el canal una abierta plataforma de expresión.

Junto con ello, en la Corporación avanzamos en hacernos fuertes en los nuevos soportes digitales, como muestra el hecho de que seamos el primer medio de comunicación de Galicia y el séptimo de España en Internet, con 122.000 lectores diarios y dos millones de usuarios únicos al mes.

La Voz, como tantas empresas, sufre la crisis. Pero no se rinde ni se achica.

Hace falta coraje, efectivamente, para luchar hoy, en el escenario más negativo que podemos recordar quienes ya tenemos unas cuantas horas de vuelo. Nunca antes vimos caer a tantos miles de empresas y decenas de miles de trabajadores gallegos en los pozos de la quiebra y el desempleo. Las cifras son todavía más graves en España, donde no falta mucho para llegar a los cinco millones de parados.

Si hemos visto las grandes dificultades que atraviesa la Galicia rural, no es menos preocupante lo que ocurre en las áreas urbanas.

Desde los pequeños y medianos comercios que se ven obligados a echar el cierre (y solo reciben buenas palabras y cursos de formación) a las empresas que se deslocalizan.

Desde la falta de crédito que ahoga a las compañías innovadoras a la decadencia de otras tradicionales, como los astilleros, apenas sin pedidos nuevos ni capacidad financiera para acometerlos.

Desde el grave retroceso económico que sufre A Coruña (aun siendo el primer motor de Galicia), a los riesgos de desaparición de grandes sectores productivos de Vigo.

En buena lógica, dado que todos somos conscientes de esta difícil situación, habría que esperar el trabajo conjuntado de todos para minimizar los daños que está generando a nuestra sociedad una recesión tan dura.

Pero no es así. A la insolidaridad de las entidades financieras se suma la dispersión y falta de objetivos claros de los Gobiernos, la paralizante burocracia y las farragosas leyes laborales, que solo añaden incertidumbre a las ineludibles y duras decisiones que deben tomar las empresas.

Todo eso se complementa con un indeseado compañero de viaje: la actitud irresponsable de algunos sindicatos y de representantes sindicales, que prefieren apuntalar por encima de todo los logros obtenidos en tiempos de bonanza, aunque sepan que mantenerlos en los tiempos actuales tiene como consecuencia la inviabilidad de las empresas.

Esa actitud, que se está vendiendo falsamente como solidaria con los trabajadores, constituye en realidad todo lo contrario, puesto que lo primordial es asegurar la continuidad de las compañías. Si no hay empresa, no hay trabajador.

Pero la insolidaridad, la falta de compromiso y el interés particular están a la orden del día.

Desde que comenzó la crisis, las Administraciones van de fracaso en fracaso. Los ayuntamientos no pueden hacer frente ni siquiera a sus pagos corrientes, pero nadie da el primer paso para replantearse unas estructuras ya inservibles y promover, al menos, la fusión de los que tienen menos de cinco mil habitantes.

La Xunta, señor Presidente, nos despierta cada día con nuevos recortes en partidas esenciales, como los fondos para la dependencia o la inversión en educación. Pero mantiene obras mastodónticas y de todo punto superfluas, como lo que se construye en el monte Gaiás. Hoy, día en que arrancan los fastos previos a la inauguración de uno de los más aberrantes edificios, es el mejor momento para recordar que ese despropósito continúa vacío de contenido. Y, encima, va a devorar buena parte de los presupuestos que habría que dedicar a la expansión de la cultura por todos los lugares de Galicia, y a la preservación de nuestra riqueza patrimonial, hoy abandonada.

Especialmente preocupante es la falta de apuesta presupuestaria por las Universidades, puesto que de su empobrecimiento sólo se pueden esperar calamidades para Galicia. Bien es cierto que nuestras instituciones universitarias requieren un replanteamiento a fondo para ser eficientes: abandonar el siglo XIX e integrarse en el tejido social y económico del siglo XXI. Pero ninguna reforma inteligente se podrá hacer si desaparecen de nuestras prioridades.

Algo semejante sucede con la Justicia, que, en muchos aspectos, todavía no ha conocido los tiempos modernos. Debido a su colapso, en lugar de ser la cima del derecho y el respeto a las personas, se ha convertido en el pantano donde los ciudadanos y sus esperanzas quedan atrapados sin remisión.

Preocupante es también la deriva de la sanidad pública por el exceso de gasto que le ha imprimido irracionalmente la sociedad, y que es obligado atajar. Esta debería ser una preocupación colectiva. Por eso resulta paradójico ver cómo desde el Gobierno central se ponen trabas o dilaciones al empeño de Galicia en el ahorro con la prescripción de medicamentos genéricos.

He citado al Gobierno central. El panorama económico y político es todavía más lamentable en España, con un Ejecutivo que agota desesperanzado su ciclo, sin capacidad de respuesta a las amenazas de la grave crisis y dedicado a disimular y echar la culpa a otros, en tanto agoniza lentamente gracias a la nula oposición que recibe.

Si es verdad que la situación española no es comparable con la de nuestros hermanos portugueses, ni con nuestros primos irlandeses, es todavía más cierto que la falta de reacción y el descrédito de las economías del sur de Europa puede introducirnos en un callejón sin salida que recuerda las angustias del corralito que vivió no hace tanto tiempo la economía argentina.

Por eso, como escribí el 25 de julio, es hora de reaccionar y de revolverse contra la resignación.

Si entre todos no lo hacemos, tendremos que volver a leer en La Voz de Galicia lo mismo que publicó el 16 de noviembre de 1890, hace ahora 120 años, en protesta por la absoluta dejación del Gobierno cuando las playas de Camariñas

se infestaron de cadáveres por el naufragio del vapor británico *Serpent*: “La situación de Galicia –decía el periódico– es por demás irrisoria dentro de la moderna civilización”.

Quizá sea hora de dejar de reescribir la historia.

A todos ustedes, el verdadero PIB de Galicia, muchas gracias por su presencia y por su atención.

Mis últimas palabras quiero que sean para felicitar y abrazar al premiado:

Querido Ferrín, querido Xosé Luís, é un pracer e un honor entregarche o cincuenta e dous Premio Fernández Latorre.

Noraboa,

saúde

e coraxe.